

El gato

Jorge A. Jaramillo Londoño

Ingeniero Civil, escritor, jorge.jaramillo@udea.edu.co

El recuerdo vino a mi mente en el momento en que tomé al pequeño que llevaría conmigo a casa. Salí de la habitación en la que me rodeaban unos veinte gatos rescatados y me dirigí hacia la recepción, allí la administradora de la fundación me esperaba para llenar el papeleo de la adopción. Le dije que el pequeño Poe, como se llamaría el gatito, tenía algo que atraía particularmente mi atención: era tal y como lo describiera mi abuela hacía muchos años, cuando yo aún era un niño, al contarme una curiosa historia para asustar, y que trataré de relatar aquí con tanta fidelidad como mi memoria me lo permita.

A mediados del siglo pasado, en la vereda donde mis abuelos vivían, hacia el sur de Antioquia, un extraño suceso, por decir poco, tuvo lugar. Desde entonces, entre los habitantes de esta región hay un cierto recelo hacia los pequeños felinos, a quienes no ven con buenos ojos.

Para comenzar, es necesario mencionar a Rodrigo Galvis, el veterinario mejor conocido en el pueblo. Rodrigo era un hombre de unos cuarenta años, de semblante altivo y con un humor alegre que agradaba a todos, y quien siempre estaba dispuesto a recorrer en su todoterreno los maltrechos caminos rurales.

Cierto día, Rodrigo programó una visita a la vereda de mis abuelos, donde atendería a varios llamados que había recibido de esa zona. Fueron tres visitas para asuntos rápidos las que atendió temprano y para el final pasó por la casa de los Morales, en la que sería la última consulta profesional que haría en su vida.

Para llegar a la finca de los Morales hacía falta recorrer por unos tres kilómetros una estrecha y descuidada vía que se desviaba desde la carretera principal. Al final de este camino estaba una casa construida a principios de siglo, con muros de tapia blanqueados con cal, pilares de madera, y un techo bajo de tejas de barro oscurecidas por el moho. Allí vivían don Joaquín Morales y su esposa, doña Magnolia Rojas, dos ancianos que dedicaron su vida entera al cultivo de la tierra y que nunca tuvieron descendencia.

Al llegar a La Lúcida, como se llamaba la finca, Rodrigo encontró solo a la señora, con un semblante que a él le costaba describir. Al veterinario le pareció ver en ella el aura de una mujer enajenada, con la preocupación a flor de piel.

—Buenos días, doña Magnolia —dijo Rodrigo, bajándose de su camioneta roja.

—Buenos días, Rodrigo —respondió la mujer, sin siquiera voltear a mirarlo—. Él está en la sala. Bien pueda entre.

La mirada de Magnolia estaba clavada en las montañas al otro lado del río. Sus ojos parecían invadidos por un temor secreto; daba la impresión de que la mujer aguardaba el momento en que algo maligno y peligroso surgiera desde aquel monte.

Rodrigo atravesó el umbral y se encontró en una sala no muy amplia, adornada con un sofá de cuero marrón lleno de grietas y una vieja silla mecedora situada al lado de una mesita de madera. El veterinario esperaba encontrar allí a don Joaquín; sin embargo, el único ser viviente en aquel cuarto era un gato que se hallaba sentado sobre el sofá y que no le quitó los ojos de encima al visitante desde que entrase en la estancia.

El veterinario observó con detenimiento al animal. Su pelaje negro con algunas manchas blancas lucía impecable. Tenía una contextura adecuada y sus miembros parecían estar sanos. En general, podría decirse que aquel era un gato de unos diez años, y que gozaba de un buen estado de salud. Quizá, el único detalle particular, era uno: su ojo derecho, cubierto por un velo azul claro.

Rodrigo se quedó mirándolo con curiosidad, pues aquel rasgo le recordaba a alguien.

Doña Magnolia apareció sobre el umbral, sin que el veterinario se percatase de su presencia, dándole a Rodrigo un susto cuando rompió el tenso silencio de la sala.

—Lleva dos días así —dijo la mujer con voz ronca.

—¿Con el ojo así?

—No, ese lo ha tenido así desde hace años.

Rodrigo miró a la señora con extrañeza.

—Pero —dijo—, yo nunca había visto a este gato aquí, doña Magnolia. No es posible que lo hayan tenido desde hace años y que no me lo haya encontrado en ninguna de mis visitas.

Doña Magnolia miró durante un instante al veterinario, luego movió sus ojos en dirección al felino.

—¿Se le ofrece un tintico, don Rodrigo? —preguntó impertérrita.

La mujer no esperó una respuesta, tan solo caminó hacia la cocina, seguida por un confundido Rodrigo.

El veterinario empezó a sospechar que algo extraño pasaba en aquella finca; aunque no sabía con exactitud qué era.

—Doña Magnolia —dijo él—, y ¿don Joaquín dónde está?

Rodrigo procuró usar su tono más natural para que no se notase la preocupación en su voz.

—Nos está esperando —dijo doña Magnolia casi susurrando.

—¿Dónde?

—Por el embarcadero.

—¿Por qué por allá? ¿Le pasó algo a una de las terneras?

La mujer guardó silencio, tomó dos pocillos y sirvió el café. Le entregó uno a Rodrigo y luego volteó su mirada hacia la ventana de la cocina, dando la espalda al veterinario y dejando su taza sobre la mesa. El tinto tenía un sabor más amargo de lo normal, pero él prefirió no decir nada. Luego de un minuto, el gato irrumpió en la cocina y se acercó a la mujer. Tras dar un tenue maullido, posó una de sus patas delanteras en la pierna de ella, como pidiéndole que se volteara. Rodrigo observó todo con interés.

La señora Rojas se volteó con calma, miró al gato y luego al veterinario.

—¿Ya acabó? —preguntó ella—. Vámonos ya.

Una vez más, doña Magnolia no esperó a que él le respondiera y sin decir otra cosa salió por la puerta que había en la parte trasera de la cocina.

Roberto dejó el pocillo con más de la mitad del café todavía humeando, y salió al trote detrás de la mujer.

Emprendieron un recorrido que el veterinario encontraba más incómodo de lo habitual. Se metieron por un matorral y empezaron a descender la montaña en dirección, en apariencia, hacia el río, por donde estaba un playón que se conocía en la vereda como *el embarcadero*. Roberto luchaba para aguantar el paso de la señora; pero la espesa vegetación, un sendero por el que solo podía ir una persona a la vez, y el suelo resbaladizo, no le hacían fácil el trabajo.

—¡Doña Magnolia! —gritó Roberto, medio asfixiado—. ¿Para dónde vamos? ¿Hay que pegar semejante carrera?

Roberto no obtuvo respuesta.

Doña Magnolia afinaba cada vez más el paso y el veterinario apenas lograba verle la espalda.

Cuando Roberto creyó que la había perdido de vista tuvo que detenerse de pronto, pues casi se va encima de ella. Aparecieron en un claro; un llano del tamaño de una cancha de tenis y todo rodeado de selva.

El tronar del río se oía allí con fuerza.

Rodrigo miró a la señora Rojas, quien se hallaba de pie, rígida, con el gato sentado a sus pies. Ambos observaban con una rígida expectación al veterinario.

Un escalofrío recorrió la espalda de Rodrigo. La expresión de la mujer no encajaba con ninguna que le hubiera visto antes y él no pudo evitar sentir pánico en su corazón al temer que algo muy malo estaba por suceder.

—¿Por qué me trajo hasta aquí, doña Magnolia? —preguntó Roberto con su voz temblorosa.

—Joaquín —respondió doña Magnolia con sequedad.

—¿En dónde está él, doña Magnolia?

La señora bajó la mirada, su expresión había cambiado y ahora denotaba algo parecido a la tristeza.

—¿Está bien? —insistió Roberto—. ¿Don Joaquín está bien?

Doña Magnolia volvió a mirar al veterinario, sus ojos parecían implorarle algo que él no lograba comprender.

Tras un momento, el gato rompió el silencio con un maullido, y doña Magnolia habló.

—El miércoles —dijo—, Joaquín salió temprano, como siempre, para ir a ordeñar las vacas. Se levantó como a las cuatro, se vistió y se fue. Normalmente, antes del amanecer él ya está otra vez en la casa para tomarse los tragos; pero ese día no volvió.

El sol iluminó la vereda y no había atisbo de mi esposo. Se me hizo raro, claro, pero no me preocupé; él de vez en cuando baja hasta el río a intentar pescar cualquier cosa, o se queda un rato donde los Pérez. Pero se llegaron las diez de la mañana y nada que aparecía, entonces comencé a asustarme. Si al mediodía no ha llegado, salgo a buscarlo, me dije. Y claro, a la una salí de la casa. Lo busqué por todo el monte, bajé hasta el embarcadero y anduve por todas las fincas vecinas; pero no lo encontré y nadie lo había visto en todo el día. Hacia el atardecer, regresé a la casa. Me senté en la sala y lloré; no me acuerdo de haber sentido algo así nunca. No me moví de ahí en toda la noche; no comí; tampoco bebí una gota de agua; no me levanté para ir al baño; aguardé en vilo por él.

Cuando amaneció al otro día, sentí algo moviéndose por la entrada; parecían pasos, pero eran muy ligeros y suaves para ser de una persona; solo eran perceptibles por el silencio que dominaba la casa. Un momento después, desde la puerta sonó algo que no supe reconocer al instante; estaban rasguñando la madera.

Fui hasta la entrada y abrí. En el umbral estaba este gato, se volteó hacia mí y dio un maullido. Miré para todas partes, a ver si había alguien más, pero todo estaba tan solitario como todos los días. Entonces el gato volvió a maullar. Lo observé y me percaté de dos cosas; la primera, que sus patas delanteras estaban apoyadas encima de un sobre amarillento; la otra cosa era su ojo, me dio un escalofrío cuando lo vi; era idéntico al de Joaquín. Él sufrió un accidente hace muchos años y el iris derecho le quedó nublado por un velo azul similar a una catarata. Pero, de todas formas, pensé que eso era una coincidencia y nada más.

Me agaché para tomar el sobre. Cuando lo agarré, el gato entró y fue a sentarse sobre el sofá; justo en

el lugar preferido de Joaquín. Desde allí me miró y volvió a maullar. No sé por qué, pero sentí que me estaba llamando. Fui a sentarme en mi silla, al lado de la de él, y el animal no me quitaba los ojos de encima mientras me acercaba.

Una vez estuve en mi lugar, maulló una vez más. Sé que quizá no tiene sentido lo que le diré, pero me pareció que el tono con que maullaba era como una súplica, y por alguna razón entendí que debía abrir el sobre.

Adentro había una carta, naturalmente. La desdoblé y leí.

En este punto, doña Magnolia guardó silencio y empezó a llorar. Roberto estaba atónito, no sabía qué debía hacer.

—¿Qué decía la carta, doña Magnolia? —preguntó Roberto.

La señora tomó una bocanada de aire hasta detener el llanto.

—Puede que aquí, don Roberto, usted pueda estar haciendo conjeturas sobre lo que le pasó a mi marido y el porqué nos ha seguido hasta aquí este gato. Aun así, déjeme yo termino de contarle todo.

El papel en el que habían escrito aquel mensaje estaba sucio; además, la letra era muy fea, como si la hubieran escrito de afán. No voy a decir cada palabra porque simplemente no soy capaz. En resumidas cuentas, don Roberto, Joaquín se encontró a alguien con quien no es bueno cruzar caminos. Seguramente va a pensar usted que estoy loca, pero no me importa. Créame o no, este gato es mi esposo; el Joaquín que hace tanto tiempo usted conoce.

Roberto no podía estar más aterrado. Sus ojos iban de doña Magnolia, al gato, y de regreso a ella. El relato pasó por su mente; trataba de ordenar sus ideas, pero había varios puntos que no comprendía. Además, le parecía más probable que la señora hubiera perdido la chaveta, a que alguien hubiese convertido en gato a don Joaquín.

—¿Por qué me llamó, doña Magnolia? —dijo Roberto.

—Era necesario que usted viniera.

—Señora, de verdad no sé cómo podría ayudarle. Usted necesita a un mago, o lo que sería mejor, que le traigan un loquero.

—Todavía no he terminado, don Roberto —dijo doña Magnolia haciendo caso omiso de las acusaciones del veterinario—. En la carta había más.

Roberto la miró en silencio. Su corazón iba a todo galope, retumbando en sus oídos. El sudor le corría por frente y espalda, y un ligero temblor azotaba sus piernas.

—¿Qué más decía?

—Mi Joaquín puede volver a ser el mismo.

—¿Cómo es eso?

—Le regresarán su cuerpo.

—Sigo sin comprender; ¿qué se supone que debe hacer y por qué sería yo de utilidad?

El sonido del río se hacía cada vez más fuerte y a Roberto los oídos comenzaron a dolerle.

—La bruja me pidió algo a cambio de regresarme a mi marido.

—¿La bruja? —dijo Roberto con exasperación, pero trató de omitir ese punto y continuó.

—¿Qué cosa le pidió? —preguntó, haciendo un esfuerzo por calmarse.

—Su precio es una vida —dijo doña Magnolia—. Un hombre a cambio de otro.

Al escuchar aquello Roberto se tambaleó. Su vista se nubló durante un instante y sus oídos dejaron de percibir cualquier sonido.

Doña Magnolia continuó de pie, con su semblante impávido, observando cómo el somnífero que había mezclado con el café comenzaba a surtir efecto en el veterinario.

Roberto se desplomó sobre la hojarasca.

Sonriente entre los árboles, una joven mujer, de cabello rizado, ojos negros y vestida con unos harapos verdes observaba la escena; con paciencia aguardaba el momento preciso para presentarse ante sus invitados. ■